

Andrea Adrich



EN EL OTRO
LADO DEL
CORAZÓN

Raúl Montenegro es uno de los abogados más prestigiosos del país. Un cabrón implacable, intimidante y racional que nunca ha perdido un juicio y que está acostumbrado a destrozarse a quien haga falta en el tribunal. Su carrera lo es todo para él.

Alexia Durán es la mujer a quien Raúl tiene que ganar en su próximo caso. Enemiga declarada de los Malasaña, una de las familias más importantes y poderosas de Madrid, es una joven divertida, leal y muy terca. Y aunque puede parecer muy dulce, tiene un carácter de armas tomar. Una pelirroja que no está dispuesta a dejarse amedrentar, ni siquiera por Raúl Montenegro.

Ambos se enfrentarán a la eterna dicotomía que sobrevuela por encima del amor: ¿Corazón o cabeza? ¿Sentimientos o razón?

¿Serán capaces de salir ilesos de la batalla?

Índice de contenido

Cubierta

En el otro lado del corazón

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Capítulo 78

Capítulo 79

Capítulo 80

Capítulo 81

Capítulo 82

Capítulo 83

Capítulo 84

Capítulo 85

Capítulo 86

Capítulo 87

Capítulo 88

Capítulo 89

Capítulo 90

Capítulo 91

Capítulo 92

Capítulo 93

Capítulo 94

Capítulo 95

Capítulo 96

- Capítulo 97
- Capítulo 98
- Capítulo 99
- Capítulo 100
- Capítulo 101
- Capítulo 102
- Capítulo 103
- Capítulo 104
- Capítulo 105
- Capítulo 106
- Capítulo 107
- Capítulo 108
- Capítulo 109
- Capítulo 110
- Capítulo 111
- Capítulo 112
- Capítulo 113
- Capítulo 114
- Capítulo 115
- Capítulo 116
- Capítulo 117
- Capítulo 118
- Capítulo 119
- Capítulo 120

Allí donde habla el corazón,
es de mala educación que la razón lo contradiga.

MILAN KUNDERA

Capítulo 1

Alexia se ocultaba detrás del árbol para que no la vieran. Ladeó la cabeza y se asomó ligeramente, mientras el viento agitaba los mechones de pelo que le caían a ambos lados del rostro. A unos metros de donde se encontraba, un nutrido grupo de personas, vestidas elegantemente de negro y con ojos llorosos en algunos casos y expresiones indolentes en otros, escuchaba las palabras del sacerdote. Todos estaban allí, en el cementerio de La Almudena, para darle el último adiós a Francisco Malasaña, el patriarca de una de las familias más importantes y con más renombre de Madrid.

El cielo rezumaba tormenta y las nubes, negras y amenazantes, teñían la escena de tristeza y melancolía.

—Francisco... —susurró Alexia en un lamento.

—Alexia, tenemos que irnos —la apremió su hermana, situada un par de pasos por detrás de ella—. Si nos pillan aquí, vamos a tener que dar explicaciones —añadió con miedo en la voz. Los Malasaña le producían escalofríos.

Alexia giró el rostro y la miró por encima del hombro. Sus ojos azul oscuro estaban vidriosos.

—Tienes razón —afirmó—. Pero es que no puedo, Jimena. Ha muerto... Francisco ha muerto —sollozó con el rostro congestionado—. Vete tú, si quieres —le sugirió a su hermana—. Yo me voy a quedar hasta que termine el entierro.

Jimena suspiró y se armó de paciencia. Sabía el afecto que Alexia le tenía a Francisco Malasaña y que su repentina

muerte, provocada por un infarto fulminante, la había dejado desolada.

—No te voy a dejar sola —concedió finalmente Jimena, bajando los hombros con actitud resignada.

No, por nada del mundo iba a dejar sola a su hermana frente a la jauría que formaban los Malasaña. Los miembros de esa familia eran como perros de presa, que no sueltan a su víctima hasta que terminan con ella; dispuestos a caer sobre cualquiera al que consideraran un intruso, y Alexia lo era.

Esta se arrebujó en la chaqueta de punto negra que llevaba puesta. Aunque era septiembre y el verano todavía se hacía notar en Madrid, aquella tarde la tormenta había adelantado el otoño con una brisa fría y desapacible.

Un trueno rugió encima de sus cabezas. Alexia y Jimena miraron hacia el cielo, sobresaltadas.

—Va a terminar lloviendo —apuntó Jimena.

Apenas acabó de decir la frase, unas gotas grandes y fuertes comenzaron a caer sobre ellas.

—¡Mierda! —masculló Alexia.

Chasqueó la lengua.

«¿Por qué en todos los entierros llueve? ¿Por qué en todos los entierros el cielo siempre está gris y plomizo?», se preguntó en silencio.

Bajó la cabeza y volvió a prestar atención a la escena que se desarrollaba delante de sus ojos. Los Malasaña abrían los paraguas negros, mientras el sacerdote lanzaba agua bendita sobre el féretro de Francisco, al tiempo que cuatro obreros lo hacían descender con unas sogas hasta el fondo de la enorme tumba, perteneciente a la familia desde hacía décadas.

Unos minutos después, cada uno de los Malasaña se marchaba en sus respectivos coches, huyendo de la tromba de agua que estaba cayendo.

Cuando el mausoleo de Francisco quedó vacío, Alexia salió de detrás del árbol y se dirigió a él con determinación.

Su hermana la seguía un paso por detrás. Alexia se agachó, cogió una rosa roja de una de las coronas y entre lágrimas la colocó en medio de la tumba, mientras la lluvia golpeaba la tierra sin parar.

—Adiós —musitó con la garganta cerrada.

Jimena miraba hacia todos lados, temerosa de que en cualquier momento un Malasaña apareciera y les preguntara qué hacían allí y por qué Alexia lloraba la pérdida de Francisco.

—Alexia, vámonos —instó a su hermana.

Le cogió el brazo y tiró de ella. Quería irse del cementerio cuanto antes. Además, el agua las había empapado por completo. La ropa les chorreaba y tenían el pelo pegado a la cara.

Alexia al fin cedió y se dejó arrastrar por Jimena.

—Aquí está ya todo visto —dijo esta, mientras la alejaba de la tumba de Francisco Malasaña.

* * *

—¡Dios mío, mirad cómo venís! —exclamó Valeria, su madre, al verlas aparecer por la puerta de casa.

—Es que nos ha pillado el aguacero en plena calle y está lloviendo a cántaros —explicó Alexia, que intercambió una mirada muda con Jimena. No quería que su madre se enterara de que había estado en el entierro de Francisco Malasaña, si no la regañaría. Pero no resultaba tarea fácil engañar a Valeria.

—Has estado en el entierro de Francisco, ¿verdad? —le preguntó Valeria, aunque era más bien una afirmación. La expresión de su rostro era de pocos amigos.

Alexia alzó los ojos y tragó saliva.

—Tenía que ir —confesó finalmente.

—Alexia, ¿cuándo te va a entrar en la cabeza que esa familia es peligrosa?

—Mamá, tenía que ir a darle un último adiós —se defendió su hija.

Jimena pasaba la vista de la una a la otra con los labios apretados.

—¿Qué último adiós ni que niño muerto?! —masculló Valeria enfadada—. Francisco Malasaña no se merece un último adiós ni nada.

—¡Mamá, por favor! ¡Se ha muerto! —dijo Alexia—. ¡Se ha muerto! Era mi obligación.

—¿Tu obligación? —repitió su madre—. Tú no tenías obligación de nada.

—Ir a su entierro es lo mínimo que podía hacer —se justificó Alexia.

Valeria suspiró sonoramente, clavando los ojos en su hija. Alexia era testaruda y cabezota como su padre, de eso no había duda.

—Daos una ducha o acabaréis cogiendo una pulmonía —aseveró simplemente, cortando el tema de raíz.

Luego se dio media vuelta sin decir nada más y se fue a la cocina.

—Alexia, mamá nunca va a transigir en este asunto —le dijo Jimena. Se adelantó unos metros y pasó justo al lado de ella—. Ya sabes que nunca dio el visto bueno al trato que tenías con Francisco Malasaña.

Alexia respiró hondo, mientras veía a su hermana alejarse por el estrecho pasillo de la casa.

«¿Por qué nadie me entiende, joder? ¿Por qué nadie entiende la relación que tenía con él?».

Bajó los hombros y soltó el aire que había retenido en los pulmones. Después de unos segundos, echó a andar en dirección al cuarto de baño.

Se miró en el espejo con semblante abatido. El flequillo y los mechones de su larga melena pelirroja se pegaban a su cara, dándole un aspecto lastimoso.

—Parece que me acabe de lamer una vaca —dijo.

—No eres la única —intervino Jimena detrás de ella, mientras se secaba el pelo con una toalla.

Alexia se volvió hacia su hermana.

—Gracias por acompañarme —le agradeció.

Jimena sonrió.

—Sabes que iría contigo al fin del mundo. Aunque mamá no esté de acuerdo —dijo—. Para eso soy tu hermana mayor —añadió con una ligera sonrisa. Vio el rostro triste y los ojos rojos de Alexia—. Lo siento mucho —la consoló—. Sé que a pesar de todo le querías mucho.

Extendió los brazos y la estrechó contra ella.

—Gracias —respondió Alexia, conteniendo las lágrimas como buenamente podía.

Le dolía en lo más profundo del alma la muerte de Francisco Malasaña. Era algo que no podía evitar y le costaba horrores ocultar la espantosa sensación de pérdida que la embargaba.

Capítulo 2

Leonardo y Andrés, los dos hijos de Francisco Malasaña, su hija, Graciela, y su afligida viuda, Leonor, junto a la esposa de Andrés, Laura, esperaban impacientes, con una visible expectación asomando a los ojos, alrededor de la vieja mesa de madera tallada que presidía el despacho con cierto aire de museo de Francisco Malasaña.

El hombre que permanecía sentado al otro lado del enorme escritorio, un tipo de mediana edad, extremadamente delgado, con ojos pequeños y rostro consumido, era Pablo Valcárcel, notario, fedatario y albacea, es decir, la persona encargada de abrir el testamento de Francisco Malasaña y de hacer que sus últimas voluntades se cumpliesen a rajatabla.

Carraspeó para aclararse la garganta.

—Comencemos —dijo, cogiendo entre las manos el sobre color crema que descansaba sobre la superficie de la mesa.

Rompió el lacre que lo sellaba y extrajo su contenido. De su interior surgieron dos sobres más, uno grande, en el que se encontraba el testamento, y otro más pequeño. Leyó en silencio las instrucciones dadas por Francisco y abrió el sobre pequeño en primer lugar.

Transcurridos unos segundos, levantó la vista y la paseó por cada uno de los miembros que integraban la familia Malasaña.

—¿Ocurre algo? —se adelantó a preguntar Graciela, que casi se mordía las uñas de impaciencia.

—Me temo que tengo que aplazar la apertura del testamento de su difunto padre —respondió Pablo Valcárcel en tono profesional.

Graciela frunció el cejo, perpleja. Su frente se llenó de arrugas.

«¿Qué está diciendo este idiota?».

—¿Por qué? —quiso saber, presa de un incipiente mal humor.

—Se requiere la presencia de... —el fedatario miró de nuevo el papel que sostenía entre las manos, para asegurarse de no equivocarse en el nombre—... Alexia Durán —dijo al fin.

—¿Alexia Durán? —repitió Graciela, que parecía llevar la voz cantante.

Leonardo y Andrés intercambiaron entre ellos una mirada confusa. Leonor clavó sus ojos color café en Pablo Valcárcel con el corazón latiendo de manera acelerada.

¿Quién era Alexia Durán?, se preguntaron todos.

—¿Quién demonios es esa? —saltó Graciela con desdén, sin poder contenerse.

—Graciela —la amonestó ligeramente su madre, que conocía el carácter arisco y a veces intratable de su hija.

—En estos momentos me es imposible contestarle a esa pregunta —dijo Pablo Valcárcel en tono templado, encogiéndose de hombros—. Pero sea quien sea, tiene que estar presente en la apertura del testamento. Así lo ha dejado indicado su padre en sus últimas voluntades.

Graciela bufó exasperada, al tiempo que el desconcierto llenaba las expresiones de los presentes en el despacho.

«¿Quién coño es esa tal Alexia Durán y por qué papá ha dejado escrito que esté cuando tenga lugar la lectura del testamento?».

Pablo Valcárcel se apresuró a introducir de nuevo la documentación en el sobre y lo guardó todo en su maletín negro. Echó la silla hacia atrás y se levantó. Ya no tenía nada más que hacer allí.

—Cuando consiga dar con el paradero de Alexia Durán, me pondré en contacto con ustedes para llevar a cabo la apertura del testamento de su difunto padre —anunció formal.

Sin pronunciar más palabras, cogió el maletín, rodeó la mesa y salió del despacho de Francisco Malasaña, dejando tras de sí una maraña de confusión.

Graciela giró el rostro hacia su madre.

—¡Mamá, ¿quién es Alexia Durán?! —explotó cuando se quedaron solos.

—Cálmate —le pidió Leonardo, tratando de apaciguarla de alguna forma.

—¿Es su amante? —continuó preguntando Graciela, ignorando a su hermano.

Se levantó de la silla.

—No lo sé. No sé quién es —respondió Leonor, estrujándose los dedos de las manos con nerviosismo, aunque en su fuero interno tenía varias hipótesis.

—¿Cómo es posible que no lo sepas, mamá? —la apremió Graciela, fulminándola con la mirada, mientras abría los brazos de par en par—. ¿Cómo es posible que ninguno sepamos quién es? —continuó, dirigiendo la mirada a Leonardo y a Andrés.

Durante unos instantes, un silencio extraño y pesado se instaló en el despacho.

—Creo que lo mejor será que busquemos un abogado —intervino Andrés, ante la mirada de su esposa Laura, que permanecía a su lado callada, sin entender muy bien qué estaba pasando.

Graciela lanzó al aire un sonoro suspiro.

—Sí —asintió—, creo que va a ser lo mejor —afirmó sin disimular sus malas pulgas.

—Y que sea bueno —terció Leonardo—. Algo me dice que nos va a hacer falta.

* * *